

EL CANTAR DE LOS CANTARES Y EL NUEVO TESTAMENTO



Carmen Bernabe-Uribe

El Cantar de los Cantares es utilizado en el Nuevo Testamento solamente por el evangelista Juan. Este autor hace un desarrollo interpretativo del libro que le sirve para dar su propia visión de quién es Jesucristo y cuál es su función en el acceso al conocimiento de Dios, todo ello contando con las características tan peculiares de la comunidad joánica. Todo ello en un contexto histórico donde los grupos cristianos, junto con otros grupos judíos supervivientes —rabinos, místicos...— tras la guerra del 70, ofrecían su interpretación del judaísmo, versión que, al no resultar ganadora, acabó en la expulsión de la sinagoga y en la formación de una religión diferente.

1. Referencias al Cantar de los Cantares en el Nuevo Testamento

ES un dato conocido que las primeras comunidades cristianas y los evangelistas acudieron a la Ley (Torá), a los Profetas y a los Salmos cuando quisieron explicar lo que había acaecido en Jesús (Lc 24, 44). Los evangelios, y también los restantes escritos del Nuevo Testamento (NT), están llenos de alusiones explícitas o implícitas al Antiguo Testamento (AT). Hay que tener en cuenta que en el siglo I, cuando se escriben los evangelios, el canon de las Escrituras judías no se había conformado aún, y por lo tanto había libros que, aunque llegarían a entrar en él —con mayor o menor controversia—, en ese momento no habían llegado a ocupar un puesto uniformemente aceptado en la Tradición. Éste era el caso del Cantar de los Cantares (CC).

A pesar de no ser un libro “clásico” en la Tradición, y de no contarse entre aquellos a los que más se recurría en los desarrollos interpretativos de la Escritura, el CC es un libro que aparece utilizado en el NT. Los lugares donde los estudiosos han encontrado alusiones a esta obra son pocos, pero guardan entre ellas relaciones que no dejan de ser significativas: el evangelio de Juan y el Apocalipsis. M. Cambe encuentra alusiones al Cantar en los siguientes lugares: en Jn 3,29 a Cant 8,13; en Jn 12,3 a Cant 1,12; en Jn 20,1-18 a Cant 3,1-4; en Ap 3,20 a Cant 5,2; en Ap 12,1 a Cant 6,10; en Ap 13,17 a Cant 7,12. De las alusiones que este autor encuentra en Apocalipsis, normalmente sólo se reconoce Ap 3,20.

M. Cambe ha pretendido hallar una alusión a Cant 4,7 en Ef 5,27, pero su argumentación es débil, y el tono y las ideas de ambos pasajes muy diferentes.

2. Interpretaciones del Cantar e identificación del amado

DE todos estos lugares, las alusiones más claras y más numerosas se encuentran en el evangelio de Juan, y en todo caso, si se admite como válida alguna referencia en el Apocalipsis, en los escritos de tradición joánica.

Mucho se ha discutido sobre la interpretación original del CC: un canto de amor humano, una alegoría de las relaciones de Dios con su pueblo o una tipología del Mesías... Aunque los últimos estudios se inclinan por la primera opción como la más acertada, lo que realmente interesa aquí es la interpretación de la que era objeto el Cantar a finales del siglo I, cuando se escribe el evangelio de Juan.

El Cantar entró en el canon de las escrituras judías gracias a que había recibido una interpretación simbólica, de la que fue un gran defensor Rabí Aquiba (50-132 d.C.), quien llegó a considerarlo el libro más excelso (*Misná Yad* 3,5.1) porque describía las relaciones de Dios con su pueblo. La literatura posterior siguió en esta línea de interpretación simbólica, aunque aplicándola cada vez más a las relaciones del pueblo con el Mesías (*Cantar Rabá; Targum Cantar*), hasta el extremo de que el Cantar llegó a leerse en Pascua, unido a la espera de la llegada del Mesías (*Tratado Soferim* 14,18). Sin embargo, es difícil datar estas tradiciones y decir con exactitud en qué momento comenzó a darse la identificación del amado del Cantar con el Mesías. Algunos autores piensan que esta identificación aparece ya en *IV Esdras* 7,24-26, un apócrifo del siglo I: “*He aquí que llegará el tiempo en que la novia aparecerá, la ciudad aparecerá... Y la tierra que ahora está escondida será descubierta... porque mi Hijo el Mesías será revelado a aquellos que estén con él*”.

En la tradición cristiana, por su parte, la línea de interpretación del Cantar fue siempre la mesiánica. El amado era identificado con Jesucristo y la amada con la Iglesia (o cada cristiano). Esta interpretación aparece ya claramente en Orígenes (s. III), Hipólito de Roma (+235) y Cirilo de Jerusalén (s. IV), entre otros.

No se puede asegurar si la interpretación mesiánica del Cantar que se aprecia en los escritos rabínicos tardíos es una respuesta a la que habían propuesto los cristianos o si, por el contrario, fueron éstos quienes la tomaron de la tradición judía existente para aplicársela a Jesucristo. En todo caso, en Juan vemos el primer ejemplo, al menos la primera muestra escrita, que parece proponer la interpretación tipológica o mesiánica.

3. El evangelio de Juan y el Cantar de los Cantares

EN casi todos los comentarios evangélicos se reconoce que en la escena de la aparición del Resucitado a María Magdalena, tal y como la cuenta el evangelio de Juan, hay una referencia implícita al CC, en concreto a 3,1-4. Se dice que la referencia es implícita porque no hay coincidencias verbales, aunque las imágenes y la situación recuerdan vivamente al Cantar. Algunos autores han visto referencias al Cantar también en otros lugares del evangelio de Juan (A. Feuillet, F. Moloney o M. Cambé, entre otros), opinión que comparto.

En un trabajo anterior (*Estudios Bíblicos* 49:1991) escribí sobre el uso que, a mi parecer, hace Juan del CC. Pienso que no se trata sólo de que Juan haya hecho alusión al Cantar en dos o tres lugares donde este libro parece resonar más o menos claramente, sino que, en mi opinión, hay algo más. Siguiendo una característica muy



suya, como es la de hacer desarrollos interpretativos del AT para aplicarlos a lo acontecido en Jesús, creo que Juan hizo una lectura derásica del Cantar (un desarrollo interpretativo) con el objeto de ofrecer su teología sobre la identidad de Jesús y su papel en el conocimiento de Dios. Creo que la razón que le movió a usar este libro estaba en relación con las características de su comunidad y del entorno socio-religioso, como veremos más adelante.

Vamos a ver, primero, cómo utiliza el CC el evangelista Juan.

a. *La interpretación derásica del Cantar en el evangelio de Juan*

Quizá la consideración individual de cada uno de los lugares que se propondrán a continuación pueda resultar problemática e insegura a la hora de ver en ellos alusiones al Cantar, puesto que las imágenes de los novios y las bodas eran algo frecuente también en los profetas, y porque en la mayor parte de estos lugares existen pocas relaciones terminológicas claras. Pero el conjunto de todos ellos, junto con la composición temática y la reflexión teológica a la que parecen apuntar, así como la muy probable controversia que subyace en ella, refuerzan la verosimilitud de que todas ellas pretendieran ir unidas en una composición con sentido. En mi opinión, estos lugares siguen un desarrollo lógico progresivo, una especie de escenificación, que es lo que me ha llevado a proponer que Juan hace una interpretación derásica del Cantar para sus fines teológicos. Los principales momentos o escenas pueden ser las siguientes:

- *La presentación y el anuncio del novio*

En *Jn 2,1-12*, Jesús asiste a una boda donde falta el vino, y es él quien toma el lugar del novio y provee de

abundante vino a los invitados. En realidad, Jesús es presentado por Juan como el auténtico novio. De la misma forma, el novio del Cantar invita a beber (5,1) y a compartir la abundancia del momento.

Juan señala este momento de las bodas de Caná como aquél donde Jesús *comienza* a manifestar su gloria y su identidad, si bien su verdadero momento, su hora definitiva, sólo llegará más tarde, al final de la narración, en la hora de la pasión y la cruz, precisamente donde culminarán también las referencias al Cantar.

En *Jn 3,28-30*, aparece Juan Bautista anunciando: “*Vosotros mismos sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. El que tiene a la novia es el novio, pero el amigo del novio, el que le asiste y oye, se alegra mucho por la voz del novio*”. Las voces de los novios es un tema presente en el Antiguo Testamento como anuncio gozoso del día escatológico —del tiempo definitivo cuando Dios iba a traer la salvación a su pueblo (Jr 7,32-40; 40,10-11)—. También en el Cantar se habla de la voz del novio y de su anuncio de tiempos gozosos (Cant 8,2.13).

Juan Bautista es presentado como el precursor de Jesús en todos los evangelios. Juan desarrolla la misma idea teológica, pero introduce este matiz, esta imagen del amigo del novio que lleva a la novia ante el novio, que escucha y anuncia, con gozo, la voz del novio. Juan ha preparado al pueblo para el esperado, y su alegría es grande cuando éste llega. En la imaginería amorosa del Cantar, es el amigo del novio quien se alegra cuando, al fin, se escucha su voz que llega para los desposorios con la amada.

Juan pone ya aquí, en boca del Bautista —el amigo del novio—, un tema que desarrollará posteriormente, el tema de la sabiduría del amado, un saber que tiene porque viene de arriba, del Cielo, porque es el Hijo amado del Padre. Un tema que alcanzará su culmen al final del Evangelio.



- *Preparación del novio*

Juan ha anunciado que ha oído ya la voz del novio que llegaba para los desposorios. Pero antes de éstos está su preparación, que acontece en esta segunda etapa, compuesta por otros dos momentos íntimamente relacionados, la unción y la sepultura, que Juan utiliza también de forma interconectada.

En *Jn 12,1-11* se narra la unción de los pies de Jesús, en Betania, de manos de María, hermana de Marta y Lázaro, que usó "una libra de perfume de nardo puro muy caro". En esta perícopa las conexiones con el Cantar están no sólo en las imágenes —en Cant 1,12 encontramos la imagen del novio, representado como un rey recostado a la mesa, y a la novia que hace expandirse un aroma de nardo para él—, sino también en los términos empleados. Juan utiliza aquí, y sólo aquí, varios términos muy raros en los evangelios, y que en el AT aparecen únicamente en el Cantar, como es el caso de *nardo*, mientras que otros, como *perfume*, pueden ser leídos en varios lugares —nunca demasiados—, pero la mayor parte pertenecen al Cantar.

La imaginería del Cantar nos habla de un rey, aunque de un rey pacífico: Salomón. En *Jn 12,1-11*, el evangelista ha trabajado la tradición y su inserción en el contexto de tal forma que María unge los pies de quien al día siguiente iba a entrar en Jerusalén a lomos de un borriquillo, por el Monte de los Olivos (*Zac 14,4*), como el Esperado, como Mesías, pero de un tipo muy especial: como antítesis de David (*2 Sm 15,30; 16,2*), como rey pacífico (mesías al estilo del anunciado en *Zac 9, 9-10*). Con esa alusión al Cantar, Juan cuenta a su comunidad el tipo de Mesías que es Jesús, qué tipo de realeza es la de Jesús. María le unge para su misión, le reconoce como el rey-mesías pacífico, el nuevo Salomón de los tiempos finales, constructor de un Templo dife-

rente, amado esperado por la Hija de Sión, revelador de una sabiduría nueva y definitiva.

María le reconoce y le unge como el Mesías rey pacífico que entrará en Jerusalén al encuentro de la Hija de Sión. Pero su preparación definitiva y su presentación a la Amada, a la Hija de Sión, a la Nueva Hija de Sión —la comunidad— tendrán sólo lugar después de su muerte y sepultura.

Jn 19,38-42. Se trata de la perícopa de la sepultura de Jesús, muy unida a la unción por desarrollo de la trama, pero también terminológicamente (el término que alude a la gran cantidad de perfume empleado, tanto para ungirle como para embalsamarle, así como la palabra utilizada para aludir a la sepultura).

Esta perícopa es una de las que guardan una relación terminológica más clara con el Cantar: el término "huerto", pero sobre todo la conjunción de las palabras "mirra y áloe", que aparecen solamente aquí y en Cant 4,14.

También las modificaciones que Juan ha realizado en esta perícopa son muy significativas y parecen señalar su intención de relacionarla con el Cantar. Al contrario de los sinópticos, Juan hace desaparecer a las mujeres del escenario de la sepultura, y añade la figura de Nicodemo a la de José de Arimatea cuando nombra a quienes sepultan a Jesús, sugiriendo así quizá los amigos del novio que tenían como misión prepararle e introducirle a presencia de la novia el día de sus desposorios. Por otra parte, la alusión a la ingente cantidad de aromas (mirra y áloe) utilizados junto con los lienzos, evoca la dignidad real del sepultado según el AT (*2 Cro 16,14*). Esta sepultura se convierte así en preparación del novio para el encuentro con la amada, que se dará en el mismo huerto o jardín en la escena siguiente.

• *Encuentro y diálogo del amado con la amada*

Jn 20,1-2.11-18. En esta perícopa se narra la cristofanía a María Magdalena. Ésta sale corriendo, aún de noche, a la tumba de Jesús, pero la encuentra abierta y él no está en ella. Sale corriendo de nuevo, pregunta por su paradero a los ángeles, al jardinero... hasta que reconoce en esa figura a aquél a quien estaba buscando. Entonces le agarra hasta que éste le revela su nueva situación de vuelta al Padre.

La escena recuerda la búsqueda de la novia del Cantar —de noche, por la ciudad— preguntando por su amado a los centinelas; su encuentro con él y su deseo de agarrarlo para permanecer definitivamente con él, introduciéndolo en la casa de su madre (Cant 3,1-4), donde el amado le “enseñaría” (8,2). A diferencia de las dos perícopas anteriores, no hay concordancias terminológicas; sin embargo, las imágenes son tan semejantes que, ya desde los primeros escritores cristianos (s. III), han sido muchos los autores que han visto una correspondencia entre ambas escenas.

b. La teología de Juan

En esta escena, María Magdalena representa a la comunidad, que después de la muerte de Jesús le busca desesperada, y busca su presencia aunque sea como cadáver. Pero el Resucitado le va a salir al encuentro y le va a dar un saber nuevo y definitivo sobre el Crucificado, su identidad, y sobre cómo relacionarse con él.

Al comienzo del evangelio (1,38) dos discípulos preguntan a Jesús: “Maestro, ¿dónde vives?”, a lo que Jesús responde: “Venid y lo veréis”. Esta pregunta da comienzo a un camino de aprendizaje que apunta a la hora defini-

tiva como su culmen (1,51; 3,14). Jesús puede dar el verdadero conocimiento de las cosas divinas (“de arriba”) porque es él quien ha bajado del cielo (3,31-32). Es Jesús, y no Moisés —o la Ley—, quien les da el auténtico conocimiento de las cosas divinas, pues Jesús viene de Dios, “ha bajado” del cielo. Moisés, según la tradición, ascendió para luego bajar. Y es en este momento, después de la muerte en cruz, que Juan interpreta ya como exaltación, cuando ha llegado la hora definitiva. Será el mismo Resucitado quien se lo revele, haciéndoles comprender el alcance de lo vivido. Una vez más —esta vez de forma definitiva— el Maestro pregunta a María Magdalena, que representa a la comunidad: “¿A quién buscas?”. Y, al ser llamada por su nombre, reconoce en el Resucitado a su Maestro crucificado (10,3-14).

c. Referencias polémicas al contexto religioso

Algunos autores (Dunn, Meeks) ven en estas referencias a Jesús como “el único que ha bajado del cielo” —y por lo tanto, el único que puede dar un conocimiento de las cosas celestiales y de Dios, frente a Moisés o incluso frente a la Ley— una nota polémica contra los fariseos, que, por la misma época en que se compone el evangelio de Juan, están centrando el judaísmo sobre la Ley. Esta Ley, conforme se desarrollaba la tradición, fue siendo concebida como algo bajado de los cielos por Moisés, después de ascender a ellos desde el monte Sinaí.

En el evangelio de Juan son evidentes las controversias con los representantes judíos, los rabinos, que estaban tomando posiciones como guías de Israel. Un ejemplo de ello lo encontramos en el episodio de la curación del ciego y la alusión al miedo de sus padres por la posibilidad de ser expulsados de la sinagoga (Jn 5,1-18). Inmediatamente después, Juan introduce un discurso sobre la procedencia del Hijo, su autoridad y su relación con el Padre.

Por otra parte, existía en esta época otro movimiento del que se suele hablar menos, pero que parece estar también en el ambiente con el que dialoga Juan. Se trata del movimiento místico, diferentes sectas que pretendían llegar a un contacto y a un conocimiento directo de los misterios celestiales y de la divinidad por medio de la meditación de la *ma'aseh beresit* y la *ma'aseh merkabab* (textos sobre la creación de Gn 1, y el carro de Ez 1, respectivamente). A estas prácticas especulativas se les denominaba "entrar en el jardín", donde los iniciados —incluso algunos fariseos—, mediante la meditación y las visiones, ascendían al cielo y recibían allí los secretos divinos. Así se cuenta que hicieron cuatro sabios en Tos Hg 2,1.

Para Juan no es Moisés quien ha visto a Dios, o quien ha dado el "conocimiento de arriba", ni es mediante la meditación como se entra en contacto y conocimiento de las cosas celestiales y con Dios. Jesús es quien ha visto a Dios y quien ofrece dicho conocimiento. Él es el único y auténtico Maestro que puede dar el conocimiento de las cosas celestiales, porque es el que ha bajado del cielo, porque estaba con Dios. Él ha sido enviado por Dios y por eso habla sus palabras (3,31-34); en consecuencia, quien le ha visto a él ha visto al Padre (12,45; 14,9).

Según J. Dunn, cuando Juan habla de la estrecha proximidad de Jesús a Dios a través de todo el evangelio y con tantas imágenes distintas —Sabiduría, Logos, Shekiná...—, está hablando a sus destinatarios de Jesús como de alguien más que cualquier intermediario humano o divino. El Logos, la Sabiduría, eran Dios mismo en su automanifestación, Dios en cuanto que podía ser conocido por el ser humano. Y así pone en boca de Jesús: "Quien me ha visto a mí ha visto al Padre" (12,45; 14,9). Lo que los rabinos decían de la Ley, los cristianos lo decían de Jesús.

Juan sigue en esa misma línea de hacer de Jesús la manifestación de Dios, al presentarlo como el amado que sale al encuentro de la amada, según la línea simbólica de interpretación del momento. Si ya estaba en uso la interpretación mesiánica del Cantar, Juan pudo afianzar esta línea interpretativa, presentando a Jesús como el Mesías pacífico, el Hijo de David, el nuevo Salomón, constructor de un nuevo Templo y creador de una nueva forma de acceder al conocimiento del Padre y de las cosas celestiales.

El CC permitía a Juan mezclar varios motivos para presentar la identidad de Jesús. Además, frente a las sectas místicas, que fomentaban métodos de meditación y experiencias visionarias para adquirir el conocimiento de las cosas divinas y unión con Dios, o frente a los rabinos, que propugnaban la Ley como el único medio para lograrlo, Juan presenta a Jesús y la relación con él como el solo camino hacia tal fin.

Jesús es quien tenía que venir y enseñárselo todo, como esperaba la Samaritana (4,25). Y la comprensión más sublime es la que da el amor, la relación personal, como la que propone Juan a su comunidad. Juan mezcla dos temas que van muy unidos: el aprendizaje y el amor. El maestro y el amado. Con ello probablemente quiera subrayar que no se puede llegar a la comprensión profunda y existencial sino desde el amor, desde la entrega vital. No hay que olvidar que la categoría más importante para Juan es el discipulado. Es la relación personal y existencial la que posibilita esa comprensión profunda de las cosas divinas, y ésta es la relación que tiene su comunidad con Jesús por medio de su Espíritu, el que les dio al ser exaltado en la cruz. Las palabras del Resucitado no son sino el recordatorio de que ha llegado el momento de lo que Juan había puesto en labios de Jesús en los discursos del adiós (14,18-20; 16,22). Pero ahora la relación con él es de forma diferente: por la Palabra y el Espíritu, en la comunidad.

4. Otras alusiones al Cantar en el Nuevo Testamento

DE todas las alusiones al Cantar propuestas por Cambe —y que se han citado más arriba—, quizá la única que ofrece una mayor seguridad, y que al mismo tiempo es la más aceptada por todos los autores, es la de Ap 3,20: “Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo”, en la que se ve una alusión a Cant 5,2.

La tradición joánica ha podido recoger esa alusión al Cantar, presente ya en Juan, para seguir aprovechando ese tono de relación personal e íntima que connota, con el fin de impactar más hondamente a una comunidad a la que se tilda de tibia. Sin embargo, el uso que hace del pasaje es muy distinto debido a su tono amenazante. En el Cantar y en Juan, el tono del lenguaje utilizado era el lenguaje del amor que pide, ruega, busca, pierde, encuentra, propone, desea... pero no amenaza.

M. Cambe ha pretendido hallar una alusión a Cant 4,7 en Ef 5,27, pero su argumentación, basada en la aparición en ambos lugares del sustantivo “tacha”, es muy débil, dado el tono tan diferente que tiñe todo el pasaje. Si el autor de Efesios tomó la referencia del Cantar, lo hizo transformándola completamente, pues la perspectiva desde la que está escrita Efesios es androcéntrica. Teñida de los valores culturales tradicionales de la familia patriarcal, la imagen de la mujer —que se aplica a la Iglesia en Efesios— ha perdido toda la novedad que pre-

sentaba en el Cantar, en lo referente a la positividad y la iniciativa de la amada. Las relaciones igualitarias han desaparecido.

Conclusión

HEMOS visto que, en el Nuevo Testamento, el CC es retomado por Juan, quien, mediante un desarrollo interpretativo, lo aplica a las relaciones entre Jesús y la comunidad joánica. Las características propias del Cantar le sirven muy bien para hablar de la identidad de Jesús. La interpretación simbólica —o incluso la mesiánica si estaba ya en uso— eran muy apropiadas para señalar la centralidad y singularidad de Jesús, así como su proximidad única a Dios.

El tema del amor-conocimiento existencial, así como el jardín donde se produce el encuentro del amante con la amada, allí donde le “enseña” el conocimiento escondido, le ofrece la temática y la ambientación apropiadas para refutar las doctrinas e ideas de los grupos místicos en busca del conocimiento divino por medio de meditaciones, visiones y viajes celestes.

Y finalmente la comunidad joánica, que considera el discipulado y la relación personal que entraña como la categoría más importante y básica —por encima incluso del apostolado—, encuentra en este desarrollo interpretativo del Cantar un lenguaje apropiado para expresar su experiencia de fe más íntima.

